

Transfinitud e inmortalidad en J. D. García Bacca¹

CARLOS BEORLEGUI RODRÍGUEZ

Universidad de Deusto

1. El hombre ante la muerte

Un dato antropológico permanente es la consciencia de la inevitabilidad de la muerte. El “tener que morir”, el “ser-para-la-muerte” (Heidegger), se le impone al hombre como un hecho inapelable. Ahora bien, tan antigua como la consciencia de la muerte es la rebeldía contra ella, aunque hasta el presente haya resultado estéril. El hombre de las últimas décadas del s. XX, mal que le pese, tiene que hacer suyas las palabras de Sófocles en su *Antígona*: “Muchas cosas asombrosas existen y, con todo, nada más asombroso que el hombre... Se enseñó a sí mismo el lenguaje y el alado pensamiento, así como las civilizadas maneras de comportarse, y también, fecundo en recursos, aprendió a esquivar bajo el cielo los dardos de los desapacibles hielos y los de las lluvias inclementes. Nada de lo porvenir le encuentra falto de recursos. Sólo de la muerte no tendrá escapatoria”².

Y no será porque no lo haya intentado continua y desesperadamente. Cual *Gilgamesh* empedernido, ha buscado incansablemente la flor maravillosa que le brinde la inmortalidad y le haga similar a los dioses. Pero, ¿dónde crece esa flor? Los espectaculares avances de la ciencia y de la técnica en los últimos decenios han hecho albergar en unos la esperanza y en otros el convencimiento de poder llegar a convertir la naturaleza en un cristal dócil y transparente. Pero hasta la fecha se ha mostrado esquiva y escurridiza, y sigue habiendo parcelas de la realidad (y no sólo rincones, sino continentes enteros) todavía oscuras. Y entre ellas, el hecho inevitable de la muerte. Desde ella se pone en crisis el sentido de la vida. ¿Para qué y cómo vivir si todos, tarde o temprano, hemos de pasar por el trago amargo de la muerte?

Los seres humanos hemos justificado la muerte, a lo largo de la historia y en todas las culturas, de muy diversas maneras. Para los creyentes, la muerte no es un suceso que les enfrenta con la desaparición definitiva, sino un paso hacia la vida auténtica. En cambio, para una gran parte del hombre moderno, que ha dejado de lado la fe en cualquier tipo de trascendencia, la muerte aparece como algo incomprensible y doloroso pero inevitable, consecuente con nuestra limitada naturaleza biológica³.

Pero hay una postura intermedia: la que nos interesa aquí. La defienden quienes confían en que la muerte no es un dato natural inevitable. Si hasta la fecha lo ha sido, se debe a la incapacidad de la ciencia y de la técnica. Pero sus días están contados, aunque quizá con cifras astronómicas. El hombre es el ser de recursos ilimitados, y ningún obstáculo será suficientemente fuerte como para doblegar su audacia.

Un caso ejemplar de esta línea de pensamiento lo constituye el filósofo hispano-venezolano Juan David García Bacca⁴. A pesar de no ser suficientemente conocido entre

¹ Este año de 2001 se cumple el centenario del nacimiento de J. D. García Bacca (Pamplona, 26 de junio de 1901). Para un acercamiento a su obra filosófica, cfr. C. Beorlegui, *La filosofía del hombre en J. D. García Bacca*, Bilbao, Universidad de Deusto (tesis doctoral), 1983; I. Izuzquiza, *El proyecto filosófico de J. D. García Bacca*, Barcelona, Anthropos, 1984; C. Beorlegui, *J. D. García Bacca. La audacia de un pensar*, Bilbao, Universidad de Deusto, 1988.

² Sófocles, *Tragedias*, vv. 332-362, trad. de Assela Alamillo, Madrid, Edit. Gredos, 1981, pp. 261-262.

³ Cfr. Christian Chabanis, *La mort, un terme ou un commencement?*, París, Fayard, 1982, pp. 227-239 (entrevista al Premio Nobel de psicología y medicina, Jean Dausset).

⁴ J. D. García Bacca se inició su formación filosófica y teológica entre los PP. Claretianos de la provincia de Cataluña, completándola en diversas universidades europeas (Lovaina, París, Munich, Viena, etc.). Su labor profesoral la comenzó en la Universidad Autónoma de Barcelona, teniendo que abandonar poco años después España, con motivo de la guerra civil, para aposentarse primero en Quito (Ecuador), luego en México, y

nosotros, constituye una de las cumbres de la creación filosófica en lengua castellana, y uno de los pensadores más atractivos, dada la amplitud de su producción, el plural abanico de sus influencias y la valentía con que acierta a encarar los problemas filosóficos más complejos. Formado en los años de su juventud en el marco de la filosofía escolástica, la evolución de su pensamiento ha ido experimentando las influencias más dispares, desde el raciovitalismo de Ortega, el historicismo de Dilthey y el ontologismo existencialista de M. Heidegger, hasta el marxismo, el igual que los avances más punteros de las ciencias físico-matemáticas⁵.

A pesar de la disparidad de sus influencias y de suelos intelectuales en los que ha asentado su pensamiento a lo largo de su dilatada producción escrita, hay en su filosofía una profunda armonía, conseguida desde su peculiar concepción del hombre, caracterizado por el ansia prometeica de convertirse en el único artífice de la transformación (“transustanciación”) de la nueva creación que saldrá de sus manos. Desde este horizonte se entiende y cobra sentido su apuesta por la superación de la muerte y la utopía de conseguir la inmortalidad por parte del ser humano.

2. El sueño de la inmortalidad

Una de las facetas permanentes del pensamiento de García Bacca, acrecentada por la influencia de la filosofía marxista desde finales de la década de los 60, se encuentra en su apuesta por la radical emancipación del hombre de toda instancia absoluta que le imponga cualquier tipo de barrera insalvable para su omnímoda libertad. El hombre es el único absoluto de sí mismo, el creador de sí y de su mundo, para quien no hay más meta que ser “Dios en persona”, y convertirse en el Creador de la nueva realidad que saldrá de sus manos.

Estas desmesuradas afirmaciones antropológicas se mantienen constantes a lo largo de toda su trayectoria filosófica, aunque expresadas con diverso ropaje conceptual, condicionado al suelo filosófico en que va apoyando sucesivamente su pensamiento. Con la variación del cada sistema antropológico, va cambiando también (aunque no en demasía) el lugar y el modo de entender la muerte y la inmortalidad.

Nos proponemos en este trabajo exponer las sucesivas etapas que recorre el pensamiento garcíabacquiiano acerca de la muerte y la inmortalidad, destacando tanto sus más claros aciertos como las limitaciones e interrogantes que nos suscitan.

2.1. El más allá de la muerte en el hombre “transfinito”

a) La “transfinitud” del hombre

En su primera etapa filosófica, correspondiente a su estancia en las Universidades de Quito y México (1939-1947), su filosofía del hombre se centra alrededor de la categoría de “transfinito”. Este concepto, tomado del matemático Cantor⁶, define la peculiar realidad del

posteriormente en Caracas (Venezuela). En Latinoamérica es donde escribió y publicó su amplia producción filosófica, entre la que cabe destacar *Invitación a filosofar*, México, FCE, 2 vols., 1940-42; *Introducción literaria a la filosofía*, México, Edit. Central, 1945; *Metafísica*, México, FCE, 1964; *Elogio de la técnica*, Caracas, Monte Ávila, 1968; *Curso sistemático de filosofía actual*, Caracas, Univ. Central de Venezuela, 1969; *Qué es Dios y Quién es Dios*, Barcelona, Anthropos, 1986. Cfr. su bibliografía completa, en C. Beorlegui, “Grandes maestros del exilio vasco. IV. Juan David García Bacca (1901-1992)”, *Mundaiz* (Univ. de Deusto), 1994, n°47, 145-186.

⁵ Para un conocimiento más detallado de su formación, influencias recibidas y etapas de su pensamiento, cfr. J. D. García Bacca, “Autobiografía intelectual de J. D. García Bacca”, *Anthropos*, 9 (1982), pp. 4-10; I. Izuzquiza, o.c.; C. Beorlegui, *La filosofía del hombre en J. D. García Bacca*, o.c., cap. 2°; Íd., *J. D. García Bacca. La audacia de un pensar*, o.c.; Íd., “El humanismo utópico de J. D. García Bacca”, *Anthropos*, 1983, n°29-30, 80-88.

⁶ Cfr. García Bacca, “Autobiografía intelectual...”, o.c., pp.4-10.

hombre, situado a caballo entre la nada y el infinito. Su radical descontento con su facticidad y su tendencia a sobrepasarla están mostrándonos que su condición no se adecua a la quietud y mera facticidad de las cosas ni a la perfección absoluta del infinito. El hombre es ese “ser intermedio” de que habla Nietzsche, una maroma tensa entre los dos extremos de la jerarquía ontológica⁷.

El hombre no se contenta con su condición, ni respeta nada de lo establecido. Llevado de su naturaleza demoníaca, aspira a ser Dios en persona. “El pecado del demonio consiste, bajo una y otra forma, en querer ser Dios”⁸. Para el alma religiosa, tal deseo es tachado de pecado. Es la “hybris” con la que el ser humano quiere sobrepasar su condición y ocupar el lugar de Dios. En cambio, García Bacca entiende que no puede ser pecado lo que corresponde a la naturaleza de una cosa. “Ser demonio, sea dicho en verdad, no es pecado entitativo, sino desgracia ontológica. Y querer ser Dios no es el mayor de los pecados, sino la mayor de las tragedias íntimas de una “cosa””⁹. El hombre, por su trágica y demoníaca condición, no puede dejar de apuntar y estar disparado hacia lo infinito. Dejar de hacerlo sería renegar de su condición, resignarse a la tranquilidad estática de las cosas, poner barreras a sus ansias transfinitoras.

Este impulso hacia el infinito y la experiencia dentro de sí de “la multiforme potencia de infinitud” es la prueba práctica de que el hombre no aguanta ningún límite preestablecido, por el mero hecho de sentirlo. Puesto que “el tropezar con un límite se hace en virtud de una trans-finitud”¹⁰. El destino del hombre consiste, pues, en hacer de su vida una continua superación de sus propios límites, cual maratónica carrera de obstáculos. Ningún límite es definitivo y ontológicamente necesario, aunque siempre tiene que estar constreñido por alguno. “La tragedia de vivir endemoniado consiste en tener consciencia de que se tiende a un límite inaccesible, que uno se acerca indefinidamente a él, que no hay barreras concretas infranqueables; pero que siempre surge una nueva, franqueable a su vez”¹¹.

En su actual condición, el hombre experimenta un cierto número de barreras, de modos concretos de actualizar su ser, que los vive como contingentes, como *de facto*. Entre tales límites se encuentra su propio cuerpo, y “en el cuerpo, este tipo de organización actual, con su número fijo de sentidos. El cuerpo es la materia funcionando como límite, como barrera de la transfinitud propia del hombre”¹². El auténtico hombre es, para García Bacca, el “hombre interior”, el núcleo constante y sujeto de la fuerza transfinitoradora. El cuerpo no pertenece, por tanto, en la misma medida que su espíritu interior, a la esencia del hombre. Tampoco el *alma*, entendida como conjunto de categorías psicológicas y culturales contingentes y variables, propias de cada época histórica. El hombre de nuestra época contemporánea se experimenta estructurado con unas categorías *histórico-vitales* diferentes a como se sentían los hombres de épocas anteriores¹³.

De ahí que afirme tajantemente: “El auténtico hombre no es animal, ni tiene cuerpo, ni

⁷ Cfr. García Bacca, *Invitación a filosofar*, México, La Casa de España, 1940, vol. 1º. En esta obra es donde por primera vez desarrolla su antropología del “transfinito”.

⁸ *Ibidem*, p. 10.

⁹ *Ibidem*, p. 11.

¹⁰ *Ibidem*, p. 11.

¹¹ *Ibidem*, p. 13.

¹² *Ibidem*, p. 22.

¹³ La interpretación filosófica de esta época, deudora del historicismo diltheyano y del raciovitalismo de Ortega y Gasset, se centra en sacar a la luz los aprioris mentales, o categorías histórico-vitales, que estructuran cada época histórica. Este empeño lo denomina “hermenéutica histórico-vital”, explicitada en la mayor parte de los escritos de estos años. Cfr. *Introducción al filosofar*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, 1939; *Tipos históricos de filosofar físico, desde Hesíodo hasta Kant*, Tucumán, Univ. Nac. de T., 1941; *El poema de Parménides (Atentado de hermenéutica histórico-vital)*, introd., trad. y comentarios de J. D. García Bacca, México, UNAM, 1942; *Sobre estética griega*, México, UNAM, 1943.

alma, ni sentidos, ni potencias. El auténtico hombre es una transfinitud que, por ser tal y no ser infinitud, tiene que tener en cada momento unos límites y otros que superar¹⁴. Tales limitaciones están definidas, pues, por una doble característica: ningún límite como *tal*, en cuanto *éste*, es necesario e insuperable; pero siempre necesita tener alguno. El cuerpo queda, de este modo, definido como “condición de realidad” de nuestra existencia¹⁵. El hombre auténtico, el interior, no podría ser y sentirse real si no estuviera apoyado en un elemento material, sea cual sea su naturaleza. Sólo los espíritus puros pueden existir sin necesidad de un cuerpo. Pero el hombre ha quedado bien patente que es trans-finitud: siempre necesitado, por necesidad constitutiva, de una materialidad limitadora.

b) La muerte como superación de los límites

Ahora bien, la carrera del hombre hacia el infinito, ¿es algo más que un deseo, el grito de un corazón enjaulado? ¿O su vida se reduce al esfuerzo *tantálico* de perseguir lo imposible? ¿Puede el hombre salir de sus límites espirituales y corporales? Para García Bacca, los primeros (los espirituales) están siendo superados continuamente. Cada universo cultural representa una estructura categorial diferente que encorseta y vertebrata nuestro espíritu, de modo que el hombre se muestra en lo espiritual de “naturaleza amiboide”, en expresión de Ortega, auténtico “invertebrado espiritual”.

Pero, ¿y en el cuerpo? Aquí se ancla una y otra vez la obsesión de García Bacca, enfrentándose al problema de la muerte y a las posibilidades de la inmortalidad. Si el cuerpo no es, según García Bacca, más que la condición de realidad de nuestra existencia, límite necesario aunque puramente fáctico, de nuestra transfinitud, la muerte de nuestro cuerpo no puede ser experimentada como pérdida definitiva de nuestra existencia, sino como un paso más en nuestra ascensión hacia el infinito, puesto que la muerte viene a ser “el derrumbamiento de toda clase de límites”¹⁶. Pero tras la superación del límite de nuestro cuerpo, el “hombre auténtico” no vive en condición de espíritu puro, puesto que ello iría contra la naturaleza transfinita del hombre. De ahí que postule la posibilidad de un nuevo tipo de cuerpo, más sutil y ligero que el actual, que posibilite la continuación de la existencia y, a la vez, sea un mínimo obstáculo limitador de la movilidad y maleabilidad del espíritu.

Podemos ver, por tanto, que ya desde sus primeros escritos García Bacca deja libre su imaginación prometeica y sueña con nuevas posibilidades de vida, más allá de la condición corporal presente. La muerte física, corporal, no implica la muerte definitiva, sino el comienzo de un nuevo tipo de vida, el paso a una nueva etapa, inaugurada por la superación definitiva de un límite que le estaba aprisionando. De ahí que no crea “en la resurrección de la carne, en que la materia (más sutil y sutilizadora) me haya de ser impuesta como límite irremediable a mi transfinitud; creo más bien en la muerte eterna de todo límite que haya sido notado una vez como límite de mi transfinitud, y sobre todo, que haya sido vencido una vez, como lo es el cuerpo por la muerte”¹⁷.

El hombre transfinito no puede permitirse ningún reposo ni la vuelta atrás en sus victorias sobre la materia limitadora. La vida, sin fin ni reposo, se reduce al titánico esfuerzo de superar los barrotes esclavizadores. “Surgirán, ciertamente, a mi transfinitud, otros límites, más sutiles, más amplios, superables también; pero no volverán los anteriores (...). Sólo hay y

¹⁴ *Invitación a filosofar*, o.c., p. 21. Y no mucho después afirma explícitamente: “La materia en sí no entra en la esencia del hombre, sino en cuanto barrera a superar por la transfinitud, y este aspecto no es químico” (p. 22).

¹⁵ Esta cualidad del cuerpo la desarrolla más ampliamente algunos años después, bajo la influencia existencialista, especialmente de J.-P. Sartre.

¹⁶ *Invitación a filosofar*, o.c., p. 33.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 28.

habrá por siempre jamás “superación” ascendente hacia Dios”¹⁸. Pero en esta ascensión hacia Dios no quiere quemar etapas, sino subir poco a poco los peldaños necesarios, sin prisas por ocupar el puesto del infinito. Desea que la meta final sea lo suficientemente alejada “que me permita recorrer (paladeándolas, saboreándolas), todas las fases, momentos y matices del momento trascendental y trascendente de la vida humana”¹⁹.

Los pasos de la ascensión transfinita hacia al absoluto los ve García Bacca expresados, y ejemplarmente realizados, en el éxtasis místico. En “Introducción general a las Enéadas”, de Plotino²⁰, advierte cómo la ascensión hasta el contacto con Dios va atravesando las mismas etapas que García Bacca proyecta para el hombre transfinito. El místico va progresivamente superando su condición mortal, desprendiéndose de sus ataduras corporales, hasta llegar a ser uno con el Uno. El recorrido atraviesa tres estadios: “sistencia”: permanencia en cuerpo físico; “ex-sistencia”: salida de la corporalidad física para vivir en cuerpo de ideas; y “con-sistencia”: estadio superior en que el alma, al margen y más allá de toda apoyatura material, toca y se junta místicamente con Dios, para ser uno con él. En este estadio (de “sistencia” con Dios), el hombre supera todo tipo de apoyatura corporal, no sólo física sino de cualquier otro estilo (de ideas, por ejemplo), y se halla ya en estado de espíritu puro.

Tales posibilidades están enraizadas en la condición interna del hombre, puesto que “el alma no es espiritual; es trans-espiritual. Ex-siste, mas ex-sistencia es un estado hacia consistencia, hacia “estar en un ser con seguridad”. Somos inmortales en segunda potencia, y somos capaces de dos maneras: dejamos de ex-sistir para comenzar a con-sistir”²¹. La experiencia mística es la constatación y el paradigma de un nuevo y supremo estilo de vida, trascendente al actual. Pero la experiencia mística es sólo un modelo, hay que secularizarla, dejarla en un valioso paradigma de lo que cada hombre puede llegar a conseguir²².

Ahora bien, la meta final de la ascensión mística, expresada como “con-sistencia” en Dios, no implica perderse en el mar del infinito; presupone, más bien, el mantenimiento de la identidad de cada conciencia, puesto que de nada habría servido la inmortalidad si al final desaparece nuestra conciencia y nuestra mismidad, aunque sea en el cálido e inmenso regazo del infinito. Al igual que Unamuno, que nos habla de su “hambre de inmortalidad personal”²³, García Bacca piensa que no merece el nombre de inmortalidad más que la supervivencia del individuo como tal.

Este deseo de inmortalidad personal, según García Bacca, surge con el Renacimiento²⁴. Sólo desde entonces ha alcanzado el hombre el sentimiento y la consciencia de su individualidad. Según la *hermenéutica histórico-vital*, que nos muestra los *aprioris categoriales* de cada época histórica, el hombre griego se vivía como *uno-de-tantos* dentro de

¹⁸ Ibídem, p. 29.

¹⁹ Ibídem, p. 261.

²⁰ Buenos Aires, Losada, 1948 (trad., introd. y notas del propio García Bacca).

²¹ Ibídem, p. 103.

²² En *Introducción literaria a la filosofía*, Caracas, U.C.V., 1984, desarrolla la tesis de que lo propio de la mentalidad española es “trasnustanciarse” o “sobreponerse” hacia el Absoluto, como se advierte en el gusto del español clásico por los Autos Sacramentales. Pero advierte que tales deseos de trascendencia pueden interpretarse en sentido cristiano o en sentido secular, ontológico (cfr. pp. 324-328).

²³ García Bacca tiene varios escritos sobre la filosofía de Unamuno. El más amplio es el cap. 3º de *Nueve grandes filósofos contemporáneos y sus temas*, Caracas, Imprenta Nacional, 1947, 2 vols. Uno de los aspectos que recoge y valora de la filosofía unamuniana, para hacerlo suyo, es su desmesurado deseo de inmortalidad personal, desechando cualquier tipo de nirvana o absorción en el océano del absoluto, al estilo de Buda, Spinoza, Hegel y otros (cfr. pp. 117-125).

²⁴ Parece olvidar García Bacca que los judíos creían ya en inmortalidad personal, al menos desde unos trescientos años antes de J.C., en la época de los Macabeos. García Bacca suele caer, en sus periodizaciones históricas, en evidentes simplificaciones cuando aplica su hermenéutica histórico-vital, como le reclamaba en repetidas ocasiones su amigo y compañero de exilio J. Gaos respecto a la emergencia histórica de la consciencia de la individualidad en la historia de Occidente.

la sociedad. En consecuencia, no podía suspirar por una inmortalidad personal. “A partir del Renacimiento, la vida *“inventó”* creadoramente un nuevo modo de vivirse: el de individuo: y desde entonces el problema de la inmortalidad *individual* se plantea con renovada acritud”²⁵. Y más allá de la época renacentista, en la época moderna (deudora de la filosofía kantiana), el hombre ha accedido a la categoría de *persona* (deseo de ser único y vivirse a lo único)²⁶. En tal estado interior, “para considerarnos inmortales de veras y no de mentirijillas, nos pide a nosotros al cuerpo y al alma conservarnos cada uno el mismo modo de identidad total, o cuando menos que esa perfecta identidad con nosotros mismos se centre y condense en una parte, la más propia nuestra (el alma, por ejemplo), que puede si es posible, reconstruir por identificación un cuerpo que sea el mismo cuerpo”²⁷.

c) Transfinitud por “transustanciación” del cuerpo

Con lo dicho hasta ahora nos quedamos en el terreno de las buenas intenciones: el hombre se “muere” de ganas de ser Dios y de superar su condición corporal, que le aprisiona, y le condena a la muerte, de la que nadie ha escapado hasta la fecha. Pero, ¿hay algún camino concreto y específico en que tales ganas puedan cristalizar y llevarse a cabo?

Esta pregunta se la repite con insistencia G. Bacca en uno de los escritos que rezuman mayor pasión por las infinitas posibilidades del hombre: el prólogo a la primera edición de *Introducción literaria a la filosofía*. Si el hombre ha sido capaz, a lo largo de los siglos, de transformar el universo en un mundo a su medida, por medio de la técnica, y transformar su espíritu a través de las cosmovisiones más diversas, ¿no podrá, se pregunta, transformar su propio cuerpo y hacerlo dócil y maleable? Si la técnica ha conseguido tantos éxitos manipulando la materia, ¿por qué no puede intentar lo mismo en el cuerpo humano? “¿Acaso va a ser la vida del hombre de cualidad inferior a su técnica, a un vulgar aparato de radio o a un manoseado teléfono, de manera que éstos conviertan en sonidos las ondas y corrientes electromagnéticas y, con todo, la vida no sea capaz de fabricarse para sí otra clase de cuerpo, un cuerpo ondulatorio, sirviéndose misteriosamente de los mismos elementos químicos que durante esta vida cotidiana tiene a su disposición?”²⁸

Desde estos años comienza a soñar en la posibilidad de “transustanciar” el cuerpo actual, de naturaleza físico-química, en otro tipo de cuerpo, compuesto por otros elementos que lo hurten a la descomposición que acarrea la muerte. En las obras de los años 40 aparece solamente el embrión de este modo de pensar, que en obras posteriores explicitará y completará. La posibilidad real y concreta de eludir la muerte individual la intuye García Bacca a partir de los avances de la física más reciente, y en concreto a partir de la teoría de la relatividad de Einstein y de la teoría cuántica. Donde por primera vez García Bacca explicita sus teorías sobre este tema es en el capítulo dedicado a Whitehead, en *Nueve grandes filósofos contemporáneos y sus temas*²⁹. Lo que en estas páginas presenta como teoría del matemático y filósofo inglés, en obras posteriores será moneda personal de García Bacca, con los retoques y concreciones que iremos viendo. Whitehead advierte, guiado por los descubrimientos de la física nuclear, que las unidades materiales, tales como nuestros cuerpos (e incluso nuestras

²⁵ Introducción a la trad. de *El Banquete* de Platón, México, UNAM, 1944, p. CXVI. Los subrayados del texto son del propio García Bacca.

²⁶ Con las categorías de “uno-de-tantos”, “individuo” y “persona” estamos haciendo referencia a los tres estados o etapas por los que, en opinión de García Bacca, transcurre la maduración personal de cada ser humano. Cfr. *Introducción al filosofar*, o.c.

²⁷ Introd. a *El Banquete*, de Platón, o.c., pp. CXVII-CXVIII. Como puede verse, la última frase se opone rotundamente al ya indicado rechazo hacia una resurrección del mismo cuerpo.

²⁸ *Introducción literaria a la filosofía*, o.c., p.10.

²⁹ O.c., nota 26. Cfr. pp. 187 y ss. El capítulo sobre Whitehead es el último y más extenso de los nueve que componen la obra, editada en dos volúmenes.

almas), no están tan drástica y claramente separadas del resto del universo como a simple vista parece. Continuamente se están desprendiendo de ellas infinidad de moléculas. De tal modo que “no hay límite definido que determine dónde empieza el cuerpo y termina la naturaleza exterior”³⁰. De ahí que pueda concluirse que “todo el universo es cuerpo nuestro, de cada uno”³¹.

Einstein muestra, a través de su famosa fórmula de la relatividad restringida ($E = mc^2$), la equivalencia y la posibilidad de transformación entre materia y energía. Materia y energía no son dos realidades físicas sin solución de continuidad, sino dos estados intercambiables de la realidad última del universo. Si esto es así, nuestro cuerpo puede estar en estado de materia o en estado de energía, o en ambos parcialmente. De hecho, “resulta que nuestra vida está *conscientemente* unida más con realidad física en forma de *materia* (cuerpos químicos: oxígeno hidrógeno, carbono, nitrógeno, hierro, azufre...) que con realidad en forma de energía, de actividad, de campos gravitatorio, electromagnético... Pero la vida *tiene que* estar unida con realidad física en estado de energía, de actividad, cósmica o de campo, en virtud de la unión física y real de *materia y energía*, y de ambas con los *campos*. Luego la vida de cada uno posee lo que Whitehead llama “*inmortalidad objetiva*” (“*Process and Reality*”, p 44)”³².

Cuando la técnica consiga realizar, de modo exitoso e inofensivo para la vida humana, transustanciar la realidad material de nuestro cuerpo en energía, en actividad, podrá escapar definitivamente a la muerte, e incluso puede que, aunque la vida (“*por no decir el alma*”)³³ y no pueda mantenerse en su cuerpo material, al descomponerse, puede seguir existiendo en la parte correspondiente de cuerpo o radicación, puesto que “al *des-prenderse* de realidad física en forma de materia no implica tener que *des-prenderse* de la realidad física en forma de materia no implica tener que *des-prenderse* de la realidad física en forma o estado de energía (radiatoria, potencial...)”³⁴.

Las bases fundamentales de la teoría de García Bacca sobre la inmortalidad están ya echadas. En sucesivos escritos irá ampliando lo que aquí se halla en embrión, y resituándola dentro de sus nuevas reformulaciones antropológicas.

2.2. Muerte e inmortalidad del “En-ser” (Dasein)

A finales de la década de los cuarenta, se advierte en García Bacca una progresiva influencia de los existencialistas Heidegger y Sartre, produciéndose un retoque de categorías filosóficas que van a repercutir en su filosofía del hombre. La verdad es que el cambio es más categorial, de conceptos, que estructural. Así, va progresivamente abandonando las categorías racio-vitalistas para ir adoptando las ontológicas heideggerianas: del “hombre transfinito” al “En-ser”, traducción peculiar del propio García Bacca de la categoría heideggeriana del “Dasein”.

a) El “*En-ser*” como dialéctica entre actualidad y posibilidad.

Siguiendo la indicación de Heidegger, la pregunta por el hombre ha de hacerse desde

³⁰ Whitehead, *Naturaleza y vida*, Buenos Aires, 1941, p. 78.

³¹ García Bacca, *Nueve grandes filósofos contemporáneos y sus temas*, o.c., vol. 2º. Aquí radica la distinción que García Bacca establece entre *cuerpo* y *soma*. *Cuerpo* es la materia que hace de base y apoyatura de nuestro espíritu, mientras que *soma* es cualquier otra parte del universo llegamos a alcanzar con alguna parte de nuestros sentidos y lo habitamos con algún tipo de sentimiento o sentimentalidad. Cf. García Bacca, “Sobre el conocimiento y sus clases”, *Ideas y Valores* (Bogotá), 1954, n°11-12, pp. 60-87.

³² *Nueve grandes filósofos y sus temas*, o.c., p. 201. Los subrayados son del autor.

³³ *Ibidem*, p. 203.

³⁴ *Ibidem*, p. 201.

el punto de vista ontológico, en el horizonte de la pregunta por el sentido del ser (*Kant y el problema de la metafísica*). El hombre está estructuralmente compuesto de *ente* y de *ser*. Por el aspecto de *ente*, el hombre es una realidad estática, cosificada, tanto en lo corporal como en lo anímico; expresa la facticidad humana, lo que de actualidad hay en su ser. Pero el hombre no es sólo eso; también es *ser*, “realidad en fase y estado de posibilidades, inagotable en recursos”³⁵. En la fase actual, el hombre parece como si fuese *ente* en cuanto al cuerpo y *ser* en cuanto a su espíritu, por su calidad de “ameba mental”. Pero la composición *ente-ser* discurre por junturas totalmente diversas a las de cuerpo-alma. Tanto en uno como en otro, el hombre puede hallarse en estado de *ente* como de *ser*, ya que *ser* y *ente* no son dos cosas sino dos estados de la realidad. “*Ente* es sinónimo de riqueza estructural, de esencia, y de pobreza en recursos, en posibilidades; *ser* es sinónimo de pobreza en estructuras definidas y definitivas, mas de riqueza en recursos y posibilidades”³⁶. El hombre no es, pues, algo definido, sino campo abierto a innumerables posibilidades, creadas y realizadas por su libertad. El hombre queda de este modo radicalmente definido por su libertad: el hombre *es* libertad.

El sentido de la traducción de “*Dasein*” por “*En-ser*”, se halla en su capacidad para expresar estos dos componentes (ente y ser). “Hay que dividir (al hombre), para hacerlo como buenos cocineros dialécticos, por la juntura ser-estar, *Dasein*”³⁷. El hombre no es un ente que posee una naturaleza estática, coincidiendo su esencia con su existencia. Frente a tal concepción escolástica, el hombre es un “ser que está” (*En-ser*), un ser con capacidad para realizar su esencia en diversos estados. En esto radica su peculiar contingencia, “definida por la unidad de ser y pluralidad de estados, por ser un ente *Enser* (*Dasein*)”³⁸.

Ante el hombre, ante su ser, se abren un cúmulo de posibilidades, que puede, por ser libertad, convertir en realidad. Porque el hombre, aunque fácticamente es de una manera, no lo es así definitivamente, sino que puede serlo de otras muchas. Por desgracia nuestra “nos han encanijado y empequeñecido el alma y los deseos. Y solemnemente nos han dicho, y lo que es peor nos hemos dejado persuadir, de que el hombre tiene “esencia”: una única, irreformable, inmutable, necesaria manera de ser. Y eso de pensar que somos sin remedio hombres, es la mayor enfermedad de que padece el hombre moderno”³⁹.

De tal engaño y empequeñecimiento nos están sacando, piensa García Bacca, la ciencia y la técnica actuales, capaces no sólo de planear sino de realizar asombrosas transformaciones en la faz de nuestro mundo, trastocando los estados de la realidad a través de *transustanciar*⁴⁰ la materia en energía, y viceversa. De este modo descubrimos que “el ente físico no es ente sino ser; está inmediatamente disponible para cualquier tipo de realidad”⁴¹. Y nos muestra, al mismo tiempo, que si los hombres no somos todavía omnipotentes, somos ya desde ahora “potentados ontológicos”⁴².

³⁵ *Antropología filosófica contemporánea*, Caracas, U.C.V., 1957, p. 51. El otro texto donde desarrolla su teoría del *Enser* es “Las ideas de ser y estar, de posibilidad y realidad en la idea de hombre en la filosofía actual”, *Revista Nacional de Antioquía* (Medellín, Colombia), 30 (1954), pp. 635-662, texto posteriormente recopilado en *Existencialismo*, Xalapa (México), Universidad Veracruzana, 1962, pp. 243-279. Las citas se harán por esta edición.

³⁶ *Antropología filosófica contemporánea*, o.c., p. 58.

³⁷ “Las ideas de ser y estar...” (*Existencialismo*), o.c., p. 257.

³⁸ *Ibídem*, p. 261.

³⁹ Cfr. *Introducción literaria a la filosofía*, o.c., p. 10.

⁴⁰ El concepto de *transustanciación*, que en la etapa marxista tendrá una importancia capital, es usado por García Bacca en fecha muy temprana, tomándolo de la teología tomista. Lo que la teología aplica a Dios, el poder “convertir un ángel en piedra, y una piedra en ángel” (Cayetano), sin que se pierda nada del ser en el cambio, García Bacca lo ve realizado por el hombre actual, por el poder de la física atómica. Cfr. *Antropología filosófica contemporánea*, o.c., pp. 59-60.

⁴¹ *Ibídem*, p. 60.

⁴² *Ibídem*, p. 61.

b) La inmortalidad del En-ser

Pero este “potentado ontológico”, ¿podrá sobrepasar su limitación, su ser-para-la-muerte? Situado entre Heidegger (para quien la muerte es “la posibilidad más propia de la existencia humana”, *Ser y Tiempo*, p. 263) y Sartre (para él está claro el carácter absurdo de la muerte: “la muerte es simplemente una aniquilación, siempre posible, de mis posibilidades, aniquilación que está fuera de mis posibilidades”, *El ser y la nada*, p. 621)⁴³, para García Bacca la muerte no es aniquilación ni realización del hombre, sino un paso más en el camino prometeico de la autocreación humana, en cuya tarea no se contempla ningún absoluto al que someterse, si no es su libre albedrío, y la norma ética que quiera imponerse⁴⁴.

Al igual que en los años anteriores, la posibilidad de vencer a la muerte y de transformarla en una simple etapa superadora de nuestro límite corporal la centra en las conclusiones que la ciencia física extrae de la ecuación einsteiniana, pero poco a poco va explicitando su teoría. La capacidad transustanciadora del hombre llegará a su más alta expresión cuando se atreva a meterse con su cuerpo. Tal posibilidad la califica de “bomba fisiológica”⁴⁵, que viene a mostrarnos claramente que “la estructura actual del cuerpo del hombre (vertebrado mamífero) es problemática”⁴⁶. Si la técnica consiguiera, aprovechándose de esta problematicidad, transustanciar el cuerpo humano, sería un éxito incomparablemente mayor y de más graves consecuencias que el de la bomba atómica. “Si la técnica consiguiera transformar el cuerpo del hombre, entonces sí que vendría una época absolutamente imprevisible, desconcertante, nueva”⁴⁷.

Las posibilidades que la física más moderna pone ante nuestros asombrados ojos, ya fueron atisbadas por los griegos. Para ellos el hombre posee dos tipos de cuerpo: uno, el sensible; otro, el cuerpo compuesto de luz y sombra (*eidolon*). Cuando llegaba la muerte, el alma se separaba del primero, pero seguía viviendo en el segundo. Algo parecido nos dice la teología medieval, observa G. Bacca, cuando nos habla del cuerpo de luz con que el creyente vivirá en la otra vida⁴⁸.

La ciencia actual, piensa nuestro filósofo, nos muestra igualmente que “nuestra alma tiene que estar informando también dos cuerpos: uno de materia, otro de luz”⁴⁹. Ello se debe a que la materia (la de nuestro cuerpo también) no es una realidad impenetrable y totalmente opaca, sino un conjunto de átomos estructurados en campos gravitatorios. De ahí que, vistos a nivel atómico, “somos, en realidad, constelaciones”⁵⁰.

Esta constatación lleva a García Bacca a formular la siguiente pregunta: “El alma, ¿está informando esos átomos sueltos, o también el espacio que entre ellos hay, lleno de energías, de campos gravitatorios suyos, de campos electromagnéticos, suyos también, pues lo son de los átomos y moléculas suyos?”⁵¹. Si el cuerpo lo constituyen ambas realidades, átomos y campos, materia y energía, el alma animará tanto a una como a otra. Y cabe, por ello, la posibilidad de conseguir, “por la parte de nuestro cuerpo radiatorio, ondulatorio, una

⁴³ Para el estudio del sentido de la muerte en Heidegger y Sartre, cfr. *Existencialismo*, o.c., 213-221; “Existencialismo alemán y existencialismo francés (Heidegger y Sartre)”, pp. 114-116.

⁴⁴ Cfr. *Antropología filosófica contemporánea*, o.c., pp.61-62.

⁴⁵ *Ibíd.*, p. 43.

⁴⁶ *Ibíd.*, p. 43.

⁴⁷ *Ibíd.*, p. 43.

⁴⁸ Cfr. *Ibíd.*, p. 43, 121; y “Sobre el fondo filosófico de algunas teorías de Biología matemática”, *Theoría* (Madrid), 1 (1952), n°3-4, 113-120; 119.

⁴⁹ *Antropología filosófica contemporánea*, o.c., p. 121.

⁵⁰ *Ibíd.*, p. 121.

⁵¹ *Ibíd.*, p. 121.

cierta naturaleza *espiritual*⁵². Este segundo cuerpo de luz podría ser la fuente y explicación de todos los fenómenos paranormales, parapsicológicos.

Todas estas posibilidades las deja como interrogantes y caminos abiertos, que pueden sonar a *fantasmagorías*, pero que pueden igualmente desembocar en logros reales y posibles. No cabe duda que García Bacca lo piensa firmemente. Donde más avanza en sus previsiones futuristas es en “Sobre el fondo filosófico de algunas teorías sobre biología matemática”. Presenta al final de este artículo una “teoría físico-matemática” sobre la inmortalidad del alma, desarrollada en siete puntos⁵³. En resumen, dado que nuestro cuerpo está compuesto de materia y energía campal, la muerte no es más que un paso, una separación del cuerpo material pero no del energético. La energía de este tipo de cuerpo puede ser de tres fases, según la ley de Maxwell: infranormal, normal y supranormal.

Cada uno de estos tres tipos de cuerpos de ondas o cuerpos radiatorios se comportará, al producirse la muerte por separación del cuerpo material, de diferente forma: uno “se absorberá desde el principio en la vida fotopsíquica superior y, por consiguiente, no podrá aparecer en este mundo”; “un segundo grupo de fotopsíquicos quedará aún vinculado con el cuerpo material”, “y un tercer grupo pasará de un universo a otro, al cabo de un tiempo calculable”⁵⁴. El primero de ellos es el más indicado para ser vehículo de inmortalidad. El campo que se nos abre con esta teoría, dice García Bacca, es “inmenso e inexplorado”, apto para explicar y experimentar en el complicado mundo de la parapsicología. Con estos procedimientos físico-matemáticos, “será posible, con determinación matemática, prever de manera definida, y no simplemente vaga, un tipo de inmortalidad en cuerpo de radiación. Toda una teoría de los fantasmas, y de lo que en principio nos pasará, cuando a tal estado estemos reducidos”⁵⁵.

c) Inmortalidad ¿para qué?

No obstante el empeño que advertimos en García Bacca por encontrar un apoyo científico al ansia prometeica de inmortalidad, hay un texto importante que parece contradecir toda su línea anterior. Lo curioso es que esa línea de reflexión no será continuada en ningún escrito posterior. Representa más bien como un oasis difícil de explicar. El año 1961 publica un conjunto de 10 conferencias bajo el título de *Antropología y ciencia contemporáneas*⁵⁶. Toda la obra está dirigida a mostrar el carácter mediador de la ciencia y de la técnica en el trabajo autocreador del hombre actual. El hombre ha llegado a conocer su peculiar modo de ser (como el centro del universo y ontológicamente superior al resto de los demás entes), gracias a los avances científico-técnicos. El hombre posee un tipo de existencia que García Bacca califica de *ligada*, caracterizada por tener *unidad de sentido*, *unidad de dirección*, y “por poseer una función característica de cerradura, de comienzo y final, finita y definida”⁵⁷. Es esta tercera característica la que nos interesa resaltar aquí. Según ella, lo propio de la existencia humana está en que “posee un comienzo absoluto y un final absoluto, es

⁵² *Ibíd.*, p. 122.

⁵³ La atribuye a “un amigo mío, general que fue de la aeronáutica española durante la vida de la que fue República Española”: o.c., p. 119.

⁵⁴ *Ibíd.*, p. 120.

⁵⁵ *Ibíd.*, p. 119.

⁵⁶ Caracas, Instituto Pedagógico, 1961 (Reedición en Anthropos, Barcelona, 1983). Aunque por la fecha de su primera edición, este escrito habría que situarlo ya en la época de influencia marxista, se trata más bien de un escrito que hace de puente entre la etapa existencialista y la marxista. Se ve en este texto que la onda del marxismo está ya claramente tomada, pero todavía se aprecian muchas reminiscencias heideggerianas, entre ellas las referentes al tema que nos ocupa.

⁵⁷ Cf. *Antropología y ciencia contemporánea*, o.c., cap. 9º, “Existencia y probabilidad”, pp. 167 y ss.

positivamente finita y definida”⁵⁸.

Para el mundo físico, el tiempo transcurre con indiferencia; en él no hay fechas significativas. No hay más historia que la del hombre. Tener fechas, datos, es lo propio del hombre, que ha nacido en un momento determinado, ha realizado un cúmulo de hechos en momentos específicos, y acabará su existencia en un instante concreto y datable. Lo propio de la existencia humana es, pues, su limitación, tanto en extensión, en peso y volumen, como en tiempo. Nos parece natural tener un peso, una estatura, etc., determinados. En cambio suspiramos por tener un tiempo ilimitado, por ser inmortales.

García Bacca advierte aquí por primera vez la problematicidad de una posible inmortalidad; es decir, de una existencia sin límite de tiempo. “¿Sería posible, se pregunta, conservar la individualidad si durásemos toda la eternidad?”⁵⁹. Pero, además, ve otro inconveniente para aceptar la inmortalidad: el aburrimiento. “Somos muy benévolos y simplones, por falta de imaginación, al pensar que la duración indefinida del hombre puede ser rellenada con lo mejor y aun con lo óptimo, sin que nos resulte todo ello inmensamente monótono, espantosamente aburrido. Todo tiene que estar limitado para que no nos aburramos”⁶⁰.

Si la ciencia consiguiera alargar nuestra vida hasta miles de años, tendríamos seguramente el problema de cómo llenarla de contenido humano. No nos engañemos, nos dice García Bacca: “lo propio del hombre es ser finito, limitado”. Sólo la materia es eterna para García Bacca, pero a su duración no podemos llamarle *existencia*. La materia “*perdura* neutralmente; dura indiferentemente”⁶¹. Sólo la existencia del hombre tiene *duración*.

El párrafo con que termina el capítulo parece más bien la personificación del desengaño, y resulta impropio del talante habitual de García Bacca: “Cuando nos asalte la tentación de quejarnos contra la brevedad *real* de la vida, contra la mortalidad, de cualquier manera y a cualquier precio, pensemos antes de acudir a una teoría metafísica o religiosa para consolarnos de la muerte (declarándola realmente ficticia, con el remedio de la eternidad e inmortalidad), pensemos, digo, en una obra de arte, y recordemos, cual refrán, que *más vale finito definido y lleno que infinito indefinido*, vacío, monótono, repetidor y soso. A lo primero se llama y es *existir*, y a lo segundo, *vegetar y perdurar*”⁶². Y tanto más chocante resulta este modo de expresarse cuanto que en el siguiente capítulo y último nos sigue definiendo al hombre como el aventurero, el que introduce en el universo novedad y creatividad, el que no soporta límites ni esencias intocables.

Parece como si en estos años de tránsito entre la influencia existencialista y la marxista, se diera una cierta moderación de su prometeísmo, o mejor, un enfoque diferente del mismo. Por influjo del marxismo clásico, la inmortalidad del hombre es traspasada a la especie y no a cada individuo. A éste le basta el consuelo de la obra de arte: ser de bellas proporciones, pero limitado. Sería monstruoso, nos sugiere también García Bacca, una sinfonía de Beethoven que no tuviera un acorde final. O quizás pueda también entenderse sus palabras como una fe en la posibilidad de trascender la muerte hacia un nuevo tipo de vida, que no suponga la pervivencia definitiva sino limitada. Sea de ello lo que fuera, volvemos a recalcar que se trata de un texto que no concuerda con el talante general de la antropología garcíabacquiiana, según venimos mostrándolo y vamos a continuar apreciándolo.

2.3. La inmortalidad del “hombre positivo”

⁵⁸ *Ibídem*, p. 177.

⁵⁹ *Ibídem*, p. 180.

⁶⁰ *Ibídem*, p. 180.

⁶¹ *Ibídem*, p. 183.

⁶² *Ibídem*, pp. 184-185. Los subrayados son del autor.

a) Un nuevo modelo antropológico

El cambio que la filosofía de García Bacca experimenta en los años colindantes a 1960 es decisivo para todo su pensamiento. Su filosofía del hombre deja de situarse en coordenadas existenciales, y, por ende, individualistas, y adquiere dimensión sociopolítica. Ya no se mide la madurez antropológica por la “capacidad de soledad”, por llegar a ser *persona*, entendida como ente único y apartado del resto de los demás (como solía afirmar en sus escritos anteriores), sino por su “capacidad de relación”⁶³.

El hombre sigue siendo el Aventurero de sí y de su mundo, el que tiene su destino en sus manos, pero la historia del hombre es entendida ahora desde la dialéctica con la naturaleza, y desde la lucha de clases. El proceso de hacerse hombre pasa, pues, por la transustanciación/humanización de la naturaleza en “mundo artificial”, y por la liberación de todo tipo de alienaciones religiosas y sociales. De tal modo que no implica todo ello sólo (aunque también) una maduración interna de la personalidad (pasar de uno-de-tantos a persona)⁶⁴, sino que la empresa de hacerse hombre pasa por la humanización de la naturaleza y de la sociedad. El auténtico hombre (el hombre positivo) es el hombre social: Nos, la Sociedad.

Este proceso humanizador García Bacca considera, siguiendo a Marx, que se halla escalonado en tres etapas: humanismo teórico, práctico y positivo⁶⁵. El hombre, en el empeño y empresa de hacerse tal, tiene que comenzar por convencerse de que él es el único absoluto de su vida. Por tanto, ha de comenzar por *transustanciar* a Dios en provecho de la naturaleza del hombre. Es el primer peldaño a escalar. El ateísmo es, pues, la realización del “hombre teórico”. Pero “ateísmo no es simple negación de Dios; afirmación de que no hay; y no es su aniquilación, caso de haberlo; es la asimilación de Dios por el hombre”⁶⁶.

Pero de la teoría hay que pasar a la práctica. El *humanismo práctico* se alcanza transustanciando la sociedad capitalista en una sociedad socialista, donde el hombre pase de su situación alienada y aislada (estado de uno-de-tantos y de individuo escindido) a sociedad, a Nos, la Sociedad. “La Sociedad es un invento del hombre, por el que transforma el *total* de hombre en *Todo* humano; y, por ello, transforma el *elemento* de la extensión humana (el individuo) en *miembro* del Todo”⁶⁷. Pero con la llegada del humanismo práctico (socialismo), no se detiene la historia, “no se ha llegado ni alcanzado la fase final de la creación del hombre por el hombre y de la recreación o resurrección humana de la naturaleza”⁶⁸. Queda todavía por delante alcanzar el *humanismo positivo*, la meta definitiva de la historia. Sobre ella no podemos decir prácticamente nada, sólo atisbar utópicamente el camino por donde se arribará a sus orillas. Siguiendo la prognosis de Marx, García Bacca señala como característica del “humanismo positivo” el intento de transustanciar la historia de natural en artificial. Esto es, en la fase del *humanismo positivo* la historia no discurrirá sino en la dirección que

⁶³ El descubrimiento de la radical intersubjetividad del ser humano y la opción por el pueblo, por su madurez y autonomía, sería debido, según confesión del propio García Bacca, al encuentro con la obra de A. Machado. Cfr. *Invitación a filosofar según espíritu y letra de A. Machado*, Mérida (Venezuela), Universidad de los Andes, 1967.

⁶⁴ Al igual que en las etapas anteriores, García Bacca sigue presentando su teoría sobre la maduración del ser humano como el paso de la etapa en que se vive como masa (uno-de-tanto, particular) a la situación en que regana su peculiaridad como individuo inintercambiable y totalmente original: la etapa de persona. Cfr. *Metafísica*, o.c.; *Cosas y personas*, México, FCE, 1977.

⁶⁵ Cfr. *Humanismo teórico, práctico y positivo, según Marx*, México, FCE, 1965. “La distinción entre las tres fases del humanismo fue introducida (y pragmáticamente propuesta) por Marx en los que se han llamado *Manuscritos económico-filosóficos*: pp. 9-10”.

⁶⁶ *Ibidem*, p. 16.

⁶⁷ *Ibidem*, p.54. Para un estudio más amplio de la concepción de la sociedad y del papel del individuo en ella, cfr. “¿Qué es sociedad? Ensayo de definirla científica y ontológicamente”, *Sistema* (Madrid), 1974, n°4, pp. 7-22.

⁶⁸ *Humanismo teórico...*, o.c., p. 67.

previamente le marque el hombre social. El futuro se transformará en *porvenir*; las cosas no sucederán *porque sí*, sino por *plan* y creación del hombre social⁶⁹. La historia no estará en manos del hado o de la suerte, sino en manos del poder creador del hombre; y tampoco se hallará en manos de intereses particulares y partidistas, sino del Hombre Social, del Todo social. La segunda característica será realidad cuando el hombre (que siempre será el “hombre social”, la Sociedad) haya sometido el reino de la necesidad (en todas sus áreas) a su libertad (no natural, sino artificial). El hombre habrá logrado ya transustanciar el mundo natural en mundo artificial, hecho a la medida del hombre, a su imagen. A su vez el hombre también se habrá transustanciado a sí mismo, y elevado de ser hombre natural, referido pasivamente a su mundo, a hombre artificial, distinguido por ser creador y social, miembro del Todo, la Sociedad⁷⁰.

De este modo, la escatología habrá acontecido en el suelo de la historia. Historia que no se detendrá nunca, pero, al parecer, su trayectoria transcurrirá sin luchas dialécticas ni zancadillas de lo negativo. Lo irracional habrá sido ya domesticado, y la “realidad de verdad” de todo lo que hay se habrá hecho transparente. Y en su transparencia nos mostrará que el hombre es el centro de todo el universo, su auténtico y único Creador, porque todo habrá sido creado por él y para él, a su medida. Este tipo de hombre, denominado por García Bacca *hombre primario*, “será aquél que *invente* la manera de no ser creatura de nada ni de nadie, muestra con obras, con práctica, que se ha hecho *diverso* de todo, inclusive de eso suyo, previo inmediato: *ser Señor de lo natural*. Se haya hecho, pues, a sí mismo *Creador*, ya que creador, a diferencia de Señor, no sólo es *distinto* de sus productos, sino *diverso* de ellos, tan *diverso* que los invierte o los hace *inversos*: resultan creaturas los que comenzaron por ser creadores”⁷¹.

b) La inmortalidad del individuo y de la especie

Ante tales augurios, cae de su propio peso que en el humanismo positivo la muerte habrá sido vencida. De lo contrario, quedaría un reducto del reino de la necesidad no sometido a la libertad del hombre. En este horizonte antropológico se ha superado la resignación ante una existencia limitada y sometida a los límites de nacimiento y muerte, tal y como veíamos en *Antropología y ciencia contemporánea* (1961). En todos sus escritos posteriores, se vuelve de nuevo al prometeísmo antropológico más puro y atrevido⁷².

Como en los escritos anteriores, sigue pensando que la muerte podrá ser vencida por medio de los descubrimientos de la ciencia y técnica, vistas siempre por García Bacca como las auténticas mediaciones al servicio de la humanización, puesto que la técnica “no es aparato más o aparato menos; es la separación real (por virtud de ocurrencias mentales) entre reino de la necesidad bruta y reino de la libertad (separación inventada, creada *por* el hombre y *para* el hombre)”⁷³.

⁶⁹ Cf. *Curso sistemático de filosofía actual*, Caracas, U.C.V., 1969, 1º parte, cap. 3º, pp. 51 y ss.; *Lecciones de historia de la filosofía*, Caracas, U.C.V., 1972, 2 vols., cap. sobre Marx, pp. 814 y ss.

⁷⁰ Cf. *Elogio de la técnica*, Caracas, Monte Ávila Edic., 1968. Es el texto donde más amplia y expresamente desarrolla la dialéctica transustanciadora ente el hombre y la naturaleza, desde el estado natural hasta el artificial, denominado “hombre primario” (pp. 112-116).

⁷¹ *Ibidem*, p. 86. Los subrayados son del autor.

⁷² Hay que tener en cuenta que, aunque la influencia de Marx comienza a notarse antes de acabar la década de los 50, no se produce el salto definitivo hasta después de los dos años de estancia de García Bacca en Londres, estudiando durante dos años economía política en la Universidad de Cambridge. De tal modo que, entre *Antropología y ciencia contemporáneas* (1961) y *Humanismo teórico, práctico y positivo, según Marx* (conferencia de 1964, publicada en 1965), hay una diferencia muy notable. En realidad, *Antropología y ciencia contemporáneas* es un conjunto de conferencias pronunciadas un par de años antes de su publicación.

⁷³ *Humanismo teórico...*, p. 74.

Aunque la estructura teórica de todo su pensamiento ha cambiado notablemente, el esquema en el que se apoya para fundamentar científicamente la posibilidad de vencer a la muerte, sigue siendo prácticamente el mismo. Es en *Curso sistemático de filosofía actual* donde vuelve de nuevo a tomar el tema con inusual amplitud. En un mundo (el mundo artificial del humanismo positivo) transustanciado por la acción creadora del hombre, todo tendrá que estar en estado nuevo, artificial; tanto el mundo de las cosas materiales, como el hombre, la historia y todas las diferentes disciplinas científicas. La biología también tendrá que ser transustanciada de natural en artificial, para convertirse en “biología histórica y dialéctica”. Uno de sus cometidos será transustanciar el cuerpo natural del hombre en otro cuerpo más sutil.

El hombre actual es todavía un “pordiosero ontológico”, porque sigue pensando que su estado natural es el definitivo, sin que pueda saltar esa barrera. García Bacca vuelve a repetir sus ideas de los años 40, acerca de los prejuicios que todavía aprisionan al hombre actual, como el pensar que “la vida no pueda vivirse sino en cuerpo natural, que la vida no pueda surgir en cuerpo y soma artificiales”⁷⁴, y “que el hombre se muere, en realidad de verdad, cuando y porque se muere el cuerpo”⁷⁵. Pero el hombre que está comenzando a vivir a la altura de la ciencia actual (artificial y transustanciadora), es consciente de que hay que olvidar la ontología eleática, por inservible, a favor de una concepción procesual de la realidad, transustanciable bajo la acción creadora del hombre. “*Qué es la vida, o la muerte, es cuestión sin sentido y a despropósito ante un enfoque o empresa de reformar el universo según planes inventados por el hombre, en cuanto creador, inventor, productor,... y usuario original de tales inventos. La que hay que preguntarse es: “¿Qué puedo hacer con tal material inicial?” Es cuestión de praxis*”⁷⁶. Que el hombre tenga un cuerpo así es cuestión no definitiva sino de paso, un estado más de su realidad, puesto que la realidad es procesual, no esencial.

La muerte sólo acaece al hombre natural, al que no ha inventado todavía para sí un nuevo tipo de cuerpo que supera al natural. Para el hombre primario, el creador, la muerte no será más que una etapa de su existencia, como lo es para nosotros el salto de la adolescencia a la juventud y posteriormente a la madurez. La muerte ya no será el fin de la vida, sino “constituirse el cuerpo propísimo de la vida, haciendo sobrante, caedizo y escoria el cuerpo macroscópico, propio de la vida corriente”⁷⁷.

La muerte se convierte, de esta forma, en algo convencional, sometida a definiciones legales, civiles y religiosas, propias de un estado cultural del hombre; pero tendrán que ser cambiadas. Todas estas cuestiones, de momento, parecen de ciencia-ficción, sin posibilidad de mostración mientras no se pongan en práctica por medio de la técnica. Por eso, sigue pensando García Bacca que el peso más decisivo que tiene que dar el hombre es romper la barrera de su cuerpo, con lo que habrá penetrado en una etapa humana cualitativamente distinta e insospechada⁷⁸.

Si por morir entendemos finalizar nuestra existencia, hay que cambiar radicalmente de modo de pensar, puesto que la verdadera vida comienza tras la muerte. “Nadie pretenderá convencernos de que al morir el cuerpo no continuamos viviendo en *soma*, básicamente en el *mismo soma* en que vivimos aún estando en cuerpo”⁷⁹. En años anteriores denominaba *soma* a cualquier parte del universo capaz de ser alcanzado por cualquiera de nuestros sentidos, puesto que, de esa forma, la realidad material alcanzada por ellos se transforma de alguna manera en un tipo o parte de cuerpo nuestro, habitado sentimentalmente y constituido en

⁷⁴ Para la distinción entre *cuerpo* y *soma*, ver la nota 31.

⁷⁵ *Curso sistemático...*, o.c., p. 270.

⁷⁶ *Curso sistemático...*, p. 272.

⁷⁷ *Invitación a filosofar, según espíritu y letra de A. Machado*, p. 214.

⁷⁸ Cf. *Elogio de la técnica*, pp. 159-164.

⁷⁹ *Curso sistemático...*, p. 270.

condición de realidad de nuestra existencia (función propia del cuerpo)⁸⁰. En cambio, en estos momentos, el concepto de *soma* comienza incluso en el carácter campal o energético de nuestro actual cuerpo, como realidad menos corporal (ζ) que la parte material, compuesta de condensaciones energéticas atómicas. El hombre podrá llevar a la práctica en sí mismo, en su cuerpo, lo que ya ha conseguido en otros campos de la realidad material: transustanciar materia en energía, y el revés. De tal modo que el *hombre interior*, el auténtico, pueda habitar y apoyarse para seguir viviendo en ondas energéticas, que serán su nuevo cuerpo, su *soma*. Cuando sean realidad estas previsiones utópicas, piensa García Bacca que no nos resultarán extrañas ni exageradas las previsiones del fundador de la cibernética, W. Wiener, que sueña con “la posibilidad técnica de que nos tomen por televisión (de nuevo tipo, claro está) una imagen tan perfecta, por dentro y por fuera, que, realmente, vestidos íntegramente a luz, nos traslademos a otra parte”⁸¹.

Si el estado perfecto del hombre es el artificial, superado todo rastro de lo natural, la muerte al cuerpo natural es la entrada a la auténtica condición y realidad de verdad del hombre. “Justamente después, y por virtud de tal muerte, eso de *mi* cuerpo y de *mi* alma adquirirá, por vez primera, real y verdadero sentido”⁸². Cuando, en nuestra situación de hombres naturales en cuanto al cuerpo, hablamos de *mi* cuerpo y de *mi* alma no pasamos de expresar una mentira piadosa, considerando nuestro lo que es un don de la Naturaleza. Sólo podremos llamar en propiedad *mío/mía* a cuerpo y alma cuando los hayamos transustanciado y creado según plan inventado por nosotros.

Se impone, según García Bacca, construir una nueva escatología, y “a la ya simplista y simplona escatología de “muerte, juicio, infierno y gloria” releguémosla al limbo de los vivos (muertos sin ciencia) o al folklore filosófico-teológico”⁸³. Ante el hombre del mañana se abrirá un programa apasionante y totalmente desconocido, consistente en la “*empresa ontológica* (nueva y aventurada) de una interpretación filosófica moderna de alma, cuerpo, vida y muerte”⁸⁴.

3. Entre la base científica y el deseo utópico

Nos resta ahora realizar un juicio crítico de las pretensiones garcíabacquiánas acerca de esta concepción del hombre *transfinito*, y sus pretensiones de inmortalidad⁸⁵. El esquema que García Bacca nos ha ido repitiendo, con uno y otro ropaje conceptual, ha sido básicamente el mismo. El hombre es una realidad en proceso. Se le ha dado (por la naturaleza) su ser como tarea. Y para esa tarea, cuya realización depende sólo de él mismo, no hay límites absolutos ni definitivos, porque ni Dios (realidad no existente, para García Bacca, como Infinito en acto) ni la naturaleza (la materia prima, de naturaleza plástica de la que tiene que ir sacando todo) le imponen barreras o límites definitivos. Este animal indefenso y deficiente, que surgió un día de la Naturaleza, tiene como misión irse descubriendo no sólo como Señor sino como el Creador de todo.

Si el hombre tiene como misión y pretensión auparse sobre sí mismo y ocupar el lugar de Dios, ya sea como individuo aislado (así, el *transfinito* y el *En-ser*) o como el Todo social de hombres positivos, para la realización de tan osada empresa ha de comenzar robándole la

⁸⁰ Cfr. “Sobre el conocimiento y sus clases”, *Ideas y Valores* (Bogotá), 3 (2954), n°9-10, pp. 7-29.

⁸¹ García Bacca, “Máquina y mente”, en *Ensayos*, Barcelona, Península, 1970, 96-201; 198.

⁸² *Invitación a filosofar, según espíritu y letra de A. Machado*, p. 215.

⁸³ *Ibidem*, p. 216.

⁸⁴ *Ibidem*, p. 215.

⁸⁵ En el análisis que hemos realizado, nos faltaría presentar la última etapa de la trayectoria de nuestro autor, que comprende la última década de su vida. Pero, aparte de que nos alargaríamos con ello más de lo necesario, tampoco añade demasiados aspectos cualitativamente nuevos.

guadaña a la muerte. Esto queda meridianamente claro para García Bacca desde el primer momento, y no se arredra ante tamaña empresa.

El deseo de inmortalidad se ha apoyado, a lo largo de la historia, en diferentes motivaciones. Aparte de la motivación religiosa, la razón más fuerte y repetida ha tenido motivaciones éticas. La experiencia cotidiana nos va mostrando que la historia no es la realización de la justicia perfecta. Con escandalosa frecuencia se advierte el triunfo en este mundo del injusto, del asesino y del opresor, y la derrota definitiva (sellada con la muerte) del justo y oprimido. Desde esta experiencia amarga, surgió en concreto el postulado de la resurrección en la Biblia⁸⁶, e igualmente entre los neomarxistas recientes, como lo vemos ejemplarmente en Horkheimer y su “anhelo de lo totalmente Otro”, y la postulación de la trascendencia como exigencia de que no venza definitivamente la mentira y la injusticia⁸⁷.

Parecería que García Bacca, dado su entronque marxista y su empeño por justificar filosóficamente la necesidad de superar la situación injusta, alienante e inhumana del capitalismo y de cualquier otra estructura opresora, parecería, repetimos, que tendría que utilizar este argumento como principal acicate en su búsqueda de la supervivencia tras la muerte. Pero no es así. La base desde la que García Bacca postula la inmortalidad no es primariamente ética, sino más ampliamente antropológica y ontológica. El argumento de García Bacca no se orienta en la línea de la exigencia moral, esto es, en pretender que el ser humano merece una justicia definitiva, y sólo si hay una vida inmortal será ello posible⁸⁸. Ni tampoco se orienta en la dirección de Unamuno, que citando a su admirado *Obermann* nos recomienda vivir de tal manera que, si nos está reservada la muerte, que ello sea una injusticia⁸⁹. García Bacca no defiende la inmortalidad del hombre como deducción lógica, o como deseo humanista, sino como una potencialidad científica del propio ser humano. El hombre puede (podrá: cuando se transustancie en creador), por las propias fuerzas de su naturaleza, conseguir la inmortalidad. El proceso de su propia realización humana le hace descubrir que el hombre no será auténticamente tal mientras no venza todos los obstáculos que se oponen a su propia autorrealización; uno de los cuales, el más devastador y definitivo, es la muerte. Mientras haya muerte, no se habrá mostrado todavía la “realidad de verdad” del hombre. Tras ser suprimida la “hipótesis Dios”, el hombre ocupará su puesto. Si la realidad tiene sentido, tiene que tener un absoluto, un fundamento, una base sustentadora de tal sentido. Y ese absoluto es el hombre. Ahora bien, no puede atribuirse la pretensión de absolutez a alguien a quien la muerte le hace doblar la rodilla.

Para García Bacca estas afirmaciones no pueden quedarse en puros deseos. La potencia creadora, las raíces de absolutez y divinidad que lleva el hombre dentro de sí, transparecen en la capacidad transustanciadora del universo y de sí mismo, capacidad manifestada a través de los espectaculares avances de la ciencia y de la técnica. Como puede verse, se da en García Bacca una fe absoluta en la capacidad desencubridora y transformadora del hombre científico-técnico. Tal fe constituye el segundo apriori que subyace a todo el pensamiento garcíabacquiiano. La inclinación temprana por todo tipo de saber científico⁹⁰ se irá transformando en una fe casi ciega en sus infinitas posibilidades. La pasión que siente por ella lo lleva a convertirla en el termómetro cuantificador del grado de “actualidad” de los diferentes saberes. Así como la ciencia (en especial la física) ha pasado de un estado

⁸⁶ Cf. J. L. Ruiz de la Peña, *La muerte, destino humano y esperanza cristiana*, Madrid, Fundación Santa María, 1984, 34-37; Íd., *Muerte y marxismo humanista*, Salamanca, Sígueme, 1978, último capítulo.

⁸⁷ Cf. M. Horkheimer, “La añoranza de lo totalmente otro”, en H. Marcuse/K. Popper/M. Horkheimer, *A la búsqueda de sentido*, Salamanca, Sígueme, 1976.

⁸⁸ Es el argumento de I. Kant en su *Crítica de la Razón Práctica*.

⁸⁹ Cf. M. de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, Madrid, Espasa-Calpe, 1995.

⁹⁰ Recordemos que, tras acabar sus estudios de filosofía y teología en Lovaina y París, se dedicó a estudiar física, matemáticas y lógica matemática, de la mano de científicos como el Premio Nobel de física atómica, A. Sommerfeld, en Munich.

contemplativo a otro de mayor nivel, el transustanciador⁹¹, lo mismo tiene que ocurrir con el resto de los saberes. No es suficiente que la filosofía, la historia, etc., nos digan *qué es* la realidad (mera función contemplativa, fenomenológica), sino que tienen que transustanciarla. Podemos situar, de este modo, a García Bacca dentro de la línea más radical del prometeísmo de la modernidad, que confía ciegamente en la racionalidad científica como partera del humanismo de la sociedad futura (para García Bacca el *humanismo positivo*). Esta radical y absoluta confianza en el hombre técnico, agudizada todavía más en la etapa final de su trayectoria intelectual⁹², hace que la muerte nunca aparezca en García Bacca con carácter tético o amenazador. Ni tan siquiera en la época de máxima influencia existencialista se deja asediar por ningún sentimiento de angustia vital ante la posibilidad y la necesidad de morir. “No vemos para qué haya que ser existencialista”, nos afirma expresamente, ni para qué dejarse llevar de la *angustia*, ni del *sentimiento trágico de la vida*⁹³. Pero esto mismo hace que nos preguntemos si García Bacca se ha tomado en serio el problema de la muerte, o si por el contrario no responde su postura a una pirueta superficial de quien trata de resolver un problema por el fácil camino de negarlo, o de rebajar su importancia.

A pesar de ello, creemos que en el tratamiento de la muerte y la posible supervivencia tras ella posee dos aspectos dignos de resaltar. El primero de ellos se halla en la coherencia existente entre su apuesta por la inmortalidad y toda su teoría antropológica. Si el hombre es (o *tiene que* llegar a ser) el único Creador y Absoluto, una condición imprescindible para lograrlo será tener a la muerte bajo sus pies, dominarla tarde o temprano. Pero ese dominio ha de ser real y verdadero. A García Bacca no le sirve la inmortalidad de la fama, o la supervivencia en los hijos; en definitiva, el consuelo de apelar a la simple inmortalidad de la especie. Tampoco le convence la afirmación de la inmortalidad “natural” del alma, propia de la tradición platónica⁹⁴. El hombre, según García Bacca, no *es* inmortal, sino que *puede y tiene que* llegar a serlo. Inmortalidad como tarea y conquista, nada de regalo de Dios o de la naturaleza. Además, la supervivencia ha de ser individual, de cada conciencia. Bajo esta afirmación subyace no sólo la coherencia de su ideal antropológico (reducirse a afirmar la inmortalidad de la especie, como lo hace el marxismo clásico, es no enfrentarse seriamente con el problema), sino la afirmación apasionada y siempre mantenida por García Bacca del valor absoluto del individuo humano. Si el hombre del porvenir (el *hombre positivo*) tiene que ser hombre *social* (Nos, la Sociedad), o no hará más que reproducir su condición alienada, también tiene que quedar claro que esa Sociedad futura tiene que ser un Todo de individuos en estado de *persona* (de únicos) o no será⁹⁵. La sociedad del futuro alcanzará a ser, pues, la autorrealización del hombre, si en ella se da la salvación total y la justicia definitiva para cada individuo. Por tanto, si se vence a la muerte, esa victoria ha de alcanzar a todos y cada uno de los seres humanos, o en caso contrario será mejor no hablar de inmortalidad.

En este sentido, a pesar de todas las limitaciones que podemos ver en su utópica postura, nos resulta García Bacca mucho más coherente que cualquiera de los neomarxistas que apelan al *postulado de la resurrección*, como exigencia del valor irrepetible de cada persona y del triunfo de la verdad y de la justicia, pero no acaban de afirmar y fundamentar el sujeto individual de tal supervivencia⁹⁶. García Bacca opta sin paliativos por la inmortalidad de cada individuo, y a que si no pervive cada hombre concreto, es mejor aceptar nuestra finitud

⁹¹ Cfr. *Curso sistemático de filosofía actual*, o.c., cap. 2°.

⁹² Para un acercamiento a esta última etapa, cfr. C. Beorlegui, *García Bacca. La audacia de un pensar*, o.c., último capítulo.

⁹³ Cfr. *Existencialismo*, o.c., p. 17.

⁹⁴ Cfr. la introducción a su traducción de *El Banquete*, de Platón, en *Obras de Platón*, México, UNAM, 1944, vol. 3°, pp. 126 y ss.

⁹⁵ Cfr. *Cosas y personas*, o.c., y “¿Qué es sociedad?”, o.c.

⁹⁶ Es el caso, por ejemplo, de E. Bloch. Cfr. J. L. Ruiz de la Peña, *Muerte y marxismo humanista*, o.c., cap. final, pp. 175 y ss.

y dejar ya de engañarnos con palabras equívocas.

El segundo aspecto que queremos resaltar se refiere a su empeño de fundamentar científicamente su postura. No le sirve a García Bacca postular la inmortalidad desde la dignidad del hombre o desde cualquier otra afirmación teórica, por importante y fundamental que sea. La verdad no se *demuestra* teóricamente, nos repite con insistencia García Bacca, sino que hay que *mostrarla* de modo práxico. No basta *probar*; hay que *poner a prueba* la realidad, forzarla a que nos muestre su verdad, su verdadero rostro, su “realidad de verdad”. Sólo podremos afirmar verdaderamente del hombre que es inmortal si consigue llegar a serlo de hecho⁹⁷.

La base científica que sirve de medición y de paradigma de sus afirmaciones teóricas se la proporciona siempre la física. Es curioso que García Bacca nunca intente apoyarse en los avances de la biología genética, aunque a veces apele a ella muy de pasada⁹⁸. La razón de ello queda claramente manifestada en *Curso sistemático de filosofía actual*, cuando, frente a la biología *natural* (basada en una actitud contemplativa ante lo natural), propugna García Bacca una biología *histórica y dialéctica*, esto es, *transustanciadora*. La biología estará a la altura de las demás ciencias, cuando alcance el estado de *transustanciación*, cuando transforme las leyes la naturaleza biológica y someta a la vida a un nuevo plan, creado o inventado por el hombre y al servicio del hombre. Este nuevo plan conseguirá proveer al hombre de un nuevo cuerpo, cuerpo radiactivo, de luz, dócil, maleable e incorruptible. La física nuclear nos está mostrando, según García Bacca, que tal utopía está ya casi al alcance de nuestra mano técnica. Ahora bien, los interrogantes y puntos débiles que el planteamiento garcíabacquiiano presenta, son tan serios y tan graves, que convierten su planteamiento en poco creíble y muy difícil de aceptar. La debilidad de la base científica resulta evidente. La apelación a un nuevo tipo de cuerpo en el que pueda seguir apoyándose la dimensión espiritual del hombre, logrando de este modo escapar a la descomposición de lo biológico, es ingeniosa y ocurrente, pero no demasiado viable. Por de pronto la fórmula es suficientemente poco concreta como para representar más un deseo voluntarista que una salida real y posible al problema de la muerte.

Al mismo tiempo, su solución está apoyándose en una comprensión dualista del hombre difícilmente sostenible en la actualidad entre el abanico de posturas que se dan en torno al problema de las relaciones alma-cuerpo o mente-cerebro⁹⁹. Se nos aparece la dimensión espiritual del hombre con una tal autonomía e independencia de lo corporal (a pesar de que considera al cuerpo como *condición de realidad* del espíritu), que parecería se puede cambiar de cuerpo con la misma facilidad con que se cambia de camisa. Si lo que llamamos *espíritu* no es tanto una sustancia al lado del cuerpo, sino la *estructura sistémica*¹⁰⁰, lo que estructura nuestra realidad biológica, ¿no habrá suficientes razones para temer que,

⁹⁷ Estas afirmaciones epistemológicas constituyen un lugar común en los escritos de nuestro filósofo, consecuente con el corte pragmatista de toda su filosofía. Cfr., de modo ejemplar, *Elogio de la técnica*, o.c.

⁹⁸ La verdad es que hoy en día, a pesar de los muchos intentos por llegar a descubrir el proceso de envejecimiento de las células, proceso que explica la muerte natural de todos los seres que componemos la biosfera, ningún genetista serio se atreve a afirmar que el ser humano logrará vencer a la muerte, tras el descubrimiento y posterior control de las leyes que rigen el envejecimiento físico. Así lo señala Jean Dausset, Premio Nobel de psicología y medicina. Por más que al hombre le repugne la idea de morir, y se resista a ello, parece evidente que la muerte de los individuos de cada especie constituye la condición de posibilidad de la supervivencia y evolución de las especies. La muerte parece, pues, consustancial a la condición de todo ser vivo, y se halla inscrita en lo más profundo de su ser. Cfr. Chr. Chabanis, o.c., pp. 327 y ss.

⁹⁹ En este punto, aunque en muchos momentos García Bacca quiere defender explícitamente una concepción unitaria del ser humano, su concepción antropológica tiene suficientes ingredientes como para ser considerada claramente dualista.

¹⁰⁰ Zubiri define lo psíquico (mejor que el alma) como la “estructura dinámica de la realidad humana”: *Estructura dinámica de la realidad*, Madrid, Alianza, 1989; Id, *Sobre el hombre*, Madrid, Alianza, 1986. Igualmente, M. Bunge, desde una postura “emergentista”, define lo psíquico como un “sistema” del cerebro humano, no tanto como una sustancia paralela a lo biológico: *El problema mente-cerebro*, Madrid, Tecnos, 1983.

desaparecido lo estructurado, también se deshace el elemento estructurador? ¿En qué medida podemos asegurar que, tras la *transustanciación* de nuestro cuerpo, seguiremos manteniendo nuestra individualidad, nuestra mismidad, y no pasaremos a ser energía común e impersonal del universo, perdidos en el nirvana del mundo subatómico? Es decir, cuando García Bacca entiende al cuerpo como la "condición de posibilidad" de la existencia del espíritu, ¿no habrá que entenderlo también como condición de posibilidad de la propia individualidad y personalidad de cada ser humano?

En García Bacca se advierte, al mismo tiempo, que su confianza en las infinitas posibilidades de la ciencia y de la técnica tiene todas las características de una *fe* religiosa. La ciencia es para él como una nueva religión, acopio de soluciones salvadoras para el mundo y el hombre¹⁰¹. El optimismo con que está impregnada esta fe cientista le hace prácticamente insensible al desencanto *posmodernista* que se está extendiendo, lentamente pero sin pausa, por todas las parcelas del saber, desde finales de la década de los 70.

El modelo antropológico garcíabacquiiano, cargado de tan desmesurado optimismo prometeico, y base de sus anhelos de inmortalidad, vehicula la absurda pretensión de sustituir a Dios como Absoluto por el absoluto humano. Pero es realmente problemático querer poner en el lugar del *absolutamente Absoluto* lo que no pasa de ser una realidad *relativamente absoluta* (Zubiri), puesto que el ser humano es solamente un absoluto *cochado*, prestado. La experiencia de su contingencia así se lo hace ver. El modelo prometeico de hombre propugnado por García Bacca produce admiración y respeto, pero también escepticismo. Para quienes nos adentramos irremisiblemente, y sin retorno, en la época llamada *posmoderna*, parece que no nos quedan más que "dos formas de vida plenamente humanas: la esperanza de la creencia religiosa y la desesperanza lúcida, vivida en toda su radical autenticidad"¹⁰². Las posturas intermedias se nos antojan estériles, aunque no exentas de dramatismo y de grandiosidad.

¹⁰¹ Esta afirmación no es solamente una deducción implícita, sino que corresponde a una postura explícitamente sostenida por nuestro autor en varios de sus escritos. Uno de ellos, especialmente paradigmático, es "Espíritu científico", *Universidad* (Caracas), 1 (1964), n°3, pp. 75-76. Se trata de un breve artículo de dos páginas, donde afirma cosas tan significativas como ésta: "Científico es el asceta y místico de la ciencia, como el santo es el asceta y místico de la religión... La finura de espíritu va pasando de santos a científicos, de religión a ciencia".

¹⁰² Ignacio Sotelo, "Sin razón para la esperanza", *El País*, 1 de abril de 1984, p. 11.